

Tiempo, espacio y acción colectiva: espacio político/geografía política*

Andrew Kirby**

Résumé / Abstract / Resumen / Resum

Cet article n'a pas pour objet d'exposer une histoire de la géographie politique ni même d'offrir des données sur la présente renaissance de la discipline. Il s'agit plutôt de discuter d'abord en quoi consiste la géographie politique, ce qui dépend de l'analyse de certaines problématiques clé. En second lieu, on discute sur ce qu'une définition impose à notre pratique de recherche. Troisièmement, on examine un texte récent de l'historien Charles Tilly sur la formation de l'état, qui nous ressemble une reformulation de la géographie politique.

* * *

Political geography's renaissance has been rehearsed now a number of times, and neither the disciplinary history, nor evidence for revival, will be offered here. Instead, this paper confronts some different issues, the first of which is an attempted resolution of what political geography is, a task that depends upon an analysis of some key problematics. The second task follows logically from the first, and involves discussion of what a definition dictates for our research practice. The third is a continuation of this theme, in the form of a review of a recent manuscript by historian Charles Tilly, on the question of state formation, which serves as a catalyst to a

* Traducido del original inglés por M. Dolors García Ramon.

** Department of Geography and Regional Development, University of Arizona, Tucson AZ.85721 (USA).

discussion of what a reformulation of political geography might look like.

* * *

El renacimiento de la geografía política ya ha ocurrido en algunas ocasiones y en este trabajo no se ofrecerá ni una historia de la disciplina ni ningún dato sobre su resurgimiento. En lugar de ello, el artículo trata de diversos temas diferentes, y la primera tarea consiste en determinar qué es la geografía política, objetivo que depende del análisis de la problemática clave. La segunda tarea se deriva lógicamente de la primera e implica la discusión de cómo una definición determinada condiciona la práctica de nuestra investigación. La tercera es una continuación de este tema y examina una obra reciente del historiador Charles Tilly sobre la formación de los Estados, tema que nos sirve de catalizador para discutir a qué podría parecerse una reformulación de la geografía política.

* * *

El renaixement de la geografia política ja s'ha donat en diverses ocasions i aquí no oferiré ni una història de la disciplina ni cap dada sobre el seu ressorgiment. En lloc d'això, aquest article tracta de diversos temes diferents, i la primera tasca consisteix a intentar determinar què és la geografia política, objectiu que depèn de l'anàlisi de problemàtiques clau. La segona tasca es deriva lògicament de la primera i implica la discussió de com una definició determinada condiciona la pràctica de la nostra recerca. La tercera és una continuació d'aquest tema i examina una obra recent de l'historiador Charles Tilly sobre la formació dels Estats, tema que ens serveix de catalitzador per discutir a què podria semblar una reformulació de la geografia política.

«El espacio físico y el tiempo son la estupidez absoluta del universo.»

Juan ORTEGA y GASSET,
La Rebelión de las Masas, 1932.

«Space and time, the universes.»

Walt WHITMAN, *Going Somewhere*.

INTRODUCCIÓN

El renacimiento de la geografía política ya ha ocurrido en unas cuantas ocasiones y aquí no se va a ofrecer ni una historia de la disciplina ni datos sobre un resurgimiento. En vez de ello, este artículo trata de varios temas diferentes, el primero de los cuales consiste en un intento de determinar qué es la geografía política, tarea que depende del análisis de varias problemáticas clave. La segunda tarea se deriva lógicamente de la primera e implica la discusión de qué es lo que una definición impone en nuestra práctica investigadora. La tercera es una continuación de este tema, en forma de examen de un reciente texto del historiador Charles Tilly sobre la cuestión de la formación del Estado, que sirve de catalizador para discutir a qué podría parecerse una reformulación de la geografía política. El artículo se divide en tres partes principales y se organiza de la forma siguiente.

I. LA LÓGICA DE LA GEOGRAFÍA POLÍTICA

La investigación que pretende ponerse bajo el paraguas de la geografía política debe prestar atención a tres componentes: obviamente, la política y la geografía, y además la(s) forma(s) en la que ambas se relacionan. Considerémoslos en este orden.

Política

Ya hace bastante tiempo que Johnston vió que el Emperador no llevaba ropa encima y advirtió que en la geografía política estaba ausente la política (JOHNSTON, 1980). A pesar del tiempo transcurrido, no está claro que muchas cosas hayan cambiado. La intención de Johnston al introducir de nuevo la *política* en el análisis geográfico era, de hecho, justificar el estudio de

las *elecciones*. Si bien éstas pueden considerarse como un componente del proceso político, hay mucha gente en todo el mundo que únicamente puede expresar sus opiniones políticas a través de otras formas de acción colectiva, como Thrift y Forbes han argumentado bien (THRIFT y FORBES, 1983). A título de ilustración, se ha aducido que en el África subsahariana hay más gobiernos que cambian de mano como resultado de golpes de Estado que de procesos electorales. Por consiguiente, no ha de sorprender que la discusión de fundamentos conceptuales básicos como el de ciudadanía no haya procedido de la geografía política sino del lado de la geografía histórica y de las relaciones raciales (MARSTON, 1988; SMITH, 1988).

Esta confusión de política con elecciones nos lleva al corazón de la forma problemática en la cual aquélla se suele caracterizar en geografía. Para Taylor, por poner un ejemplo, la política es lo que va más allá de la «torres de marfil». Para otros, la política trata de conflictos, aunque existen varias formas excluyentes para identificarlos. No es necesario plantear una vez más la cuestión de «¿sobre los hombros de cual de los gigantes?», esto es, ¿tenemos que emplear el pensamiento Marxista o el Weberiano, o alguna variante de los mismos? De importancia más acuciante es la lista implícita de prioridades que ha quedado colocada en medio del paisaje de figuras en lucha. Los hombres son, en general, más importantes que las mujeres, los adultos más importantes que los niños (KATZ, 1988). La esfera pública es más vital que la privada; los conflictos en el lugar de trabajo son de mayor interés que los movimientos sociales (CASTELLS, 1983, 1985; KATZNELSON, 1988); el estudio del aparato del Estado es más urgente que el estudio de las estructuras de la política local; los conflictos urbanos son más acuciantes que los que se manifiestan en áreas rurales y/o que se centran en el medio ambiente; los conflictos contemporáneos son más significativos que los históricos; la gente normal es más importante que la gente homosexual y los homosexuales son más importantes que las homosexuales; los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia son laboratorios más interesantes que Italia, Alemania y Suecia; todos ellos lo son más que Japón, Corea y Australia. Este artículo argumenta que la existencia de esta lista de prioridades es malsana. Se mantiene, sin embargo, al menos en parte, como resultado de consideraciones pragmáticas tales como la casi ubicuidad del inglés y la escasez de material traducido sobre el Japón, Corea y China. Se sostiene, también, a pesar de una bibliografía informada que ofrece un conjunto diferente de normas. No obstante, la existencia de alternativas no da lugar a avances, sino a la coexistencia de un número cada vez mayor de discursos. Hay cuestiones apremiantes que solamente pueden resolverse por la con-

frontación, entendida como algo distinto, de la demostración de discursos opuestos. Toda afirmación sobre la primacía de la economía mundial o el favor de la resurrección del carácter único de lo local, por poner una pareja de ejemplos, será una victoria huera porque el desafío verdadero consiste en demostrar cómo podemos tratar a la vez los sucesos mundiales y las manifestaciones locales. Como Forbes y Thrift indican, sabemos muy poco sobre la naturaleza del desarrollo urbano en un momento en que el capital financiero es mundial, en la medida en que hemos creado dos producciones bibliográficas totalmente separadas —una que se refiere a la economía mundial otra que trata del cambio urbano. Ninguna de las dos informa a la otra.

Puede que no estén claras las implicaciones de esta línea de razonamiento, puesto que en geografía es corriente ir añadiendo componentes a un argumento hasta que todos los ángulos posibles quedan cubiertos de algún modo (los paralelos con los análisis de regresión no son mera coincidencia). Este eclecticismo es permisible en una disciplina en la que la generación de un discurso parece tener menos importancia que «hacer un buen trabajo», y como si reconociéramos a éste cuando lo vemos¹. Sin embargo, piénsese en un momento en las consecuencias que este enfoque tiene para la geografía política. Primero había demasiada poca política y por ello se le añadió el análisis electoral; luego se advirtió que se prestaba poca atención al estado y entonces se le dió atención preferente. El resultado ha sido el desarrollo de una forma de teoría del Estado que, en gran parte, es poco diferente de lo que se hace en ciencia política o en sociología, que presta poca atención a las premisas que en otras esferas se han acumulado en la geografía política y que virtualmente carece de sensibilidad para el análisis contextual.

Quizás lo que más llama la atención es la forma en la que la geografía política ha ignorado la categoría conceptual de vida cotidiana. En contraste con el behaviorismo de la ciencia política, la geografía debería tener una comprensión clara de la forma en la que la acción política constituye parte de la reproducción de la vida humana, que básicamente tiene lugar en una localización determinada. Y, sin embargo, ha habido muy pocas obras que compitan con la investigación en sociología —o incluso con la ciencia política, para el caso— que explica la función del hogar en la recreación de formas de comunidad a través de la acción colectiva (SMITH y TARDANICO, 1987). Incluso los debates explícitos en geografía sobre las relaciones entre

1. Esta triste frase es de una reciente conferencia inaugural de la *Association of American Geographers*.

contexto y política han sido replanteados como exploraciones tradicionales de los efectos del barrio sobre el análisis electoral (*Political Geography Quarterly*, 1987). Eso no supone rechazar la validez del análisis formal, sino simplemente cuestionar otra vez la preocupación por las elecciones como sustitutivo de la acción colectiva, que se desarrolla también en otros contextos, como el de los tribunales (CLARK, 1986).

Geografía

En la medida en que se pone en cuestión el espacio, como realidad y como concepto (WATTS, 1988), podíamos esperar que la disciplina ofreciera una rigurosa definición eponímica. Eso es incorrecto. Volvemos a los primeros principios en nuestra búsqueda de comprensión de una de las dos dimensiones materiales fundamentales. Como observa Taylor «no podemos hacer resucitar a la geografía regional tradicional», pero existe gran interés por el proceso de de-construirla y exponer su ideología y sus supuestos (TAYLOR, 1986, 285). Parece que hemos perdido prematuramente el contacto con el trabajo hecho anteriormente dentro de la geografía y en el esfuerzo para superar las rigideces del esquema normativo de Hartshorne; también hemos perdido contacto con trabajos interesantes por más que sean primitivos. Como mínimo, la geografía regional anterior a Hartshorne poseía una noción implícita tanto de tiempo como de espacio, de modo que nociones tales como ocupación secuencial presagiaban conceptos más complejos como el de «relaciones sedimentadas». Los geógrafos políticos como Mackinder, Whittlesey y Cohen trataron en sus respectivas época de dar sentido a las bases históricas y geográficas de las grandes estrategias. Un singular geógrafo político de nuestros días ha criticado el hecho de que estas obras continúen teniendo influencia:

«Todavía me sorprende cuán resistentes son las nociones de geopolítica del siglo XIX y principios del XX. Sorprende observar la importancia exagerada que todavía se da a obras académicas que hacen hincapié en variables geográficas poco elaboradas, tales como tamaño de las naciones, distancia y barreras físicas. No hay duda de que tales barreras tenían importancia preeminente en una época de ejércitos terrestres, movilidad limitada, armamento poco tecnificado y un nivel general bajo de desarrollo tecnológico. *Heartlands* defensivos, llanuras de acceso claves como Europa Oriental y *Rimlands* tenían ciertamente un carácter decisivo en el contexto de un mundo más simple. En una era de transporte supersónico, de misiles balísticos intercontinentales, satélites en

órbita y tecnología de la era espacial, las variables geográficas *simples* han visto disminuir enormemente su significación...» (DEMKO, 1987, p. 578)

Detrás de la obsesión con la imaginería fálica subyace una idea simple: que la tecnología modificada ha acabado de hecho con el espacio geográfico como variable independiente: «Obviamente, el mundo demasiado complejo para la geopolítica de Mackinder, Mahan y los gigantes de antaño» (DEMKO, 578). Al igual que ocurre con todas las nociones «obvias», esto es totalmente erróneo porque no toma en cuenta la dimensión histórica. La única forma de interpretar las tensiones que existen entre el Este y el Oeste es hacerlo a través del modelo geopolítico del siglo pasado. La Unión Soviética todavía está dispuesta a hacer la Segunda Guerra Mundial, otra vez, y de ahí sus concentraciones de armamento convencional basado en tierra. Las fuerzas de los Estados Unidos todavía están dispuestas a hacer la Segunda Guerra Mundial; de ahí su constante adhesión a las fuerzas navales. Incluso la evolución de la Iniciativa de Defensa Estratégica (*Strategic Defense Initiative*) sólo puede comprenderse dentro del despliegue a largo plazo de las relaciones entre las superpotencias y de la búsqueda constante de superioridad a la vez tecnológica y geopolítica, que puede rastrearse hasta de Seversky o antes (SLOAN, 1988).

Sugerir que podemos empezar *de novo* a analizar esa tensión fundamental es absurdo —sin embargo es también revelador. En las observaciones de Demko encontramos una necesidad desesperada de romper con la investigación del pasado y, con ello, reconstituir la geografía política. Pero difícilmente puede decirse que esto sea una tendencia nueva. Los comentaristas de los años 30 hasta los años 50 eran profundamente ambivalentes en cuanto a centrarse sobre unidades políticas soberanas, por una parte, y sobre el territorio, por otra; un enfoque que de este modo se veía metido en el bagaje del nacionalismo y de la geopolítica. Al tratar de ir más allá de las fronteras visibles del sistema de Estados, los geógrafos políticos se encontraron avanzando firmemente en el estudio de la política, la cual constituía un campo de actuación humana con el que estaban poco familiarizados y que valía más dejar a los investigadores de la ciencia política (una distribución que formuló HARTSHORNE, 1935). Quienes llegaron después trataron de resituar la geografía política de modo que soslayara esa cuestión, desplazando el centro de interés de la subdisciplina desde la nación hacia los aspectos concretos de la toma de decisiones políticas y de la acción política; al hacerlo, sin embargo, se acercaban también a la recreación del behaviorismo del politicólogo (KASPERSON y MINGHI 1969; BUSTEED, 1983).

Si se mezclan una cierta incomodidad ante la política y una definición cambiante de geografía, no ha de sorprender que la geografía política haya tenido escasa influencia incluso dentro de la misma geografía. La siguiente «definición» expone bien la cortedad de pensamiento y el razonamiento tautológico que se han aplicado a las relaciones entre los dos fenómenos.

«Los geógrafos políticos se preocupan, por lo tanto, de las consecuencias geográficas de estas decisiones y acciones políticas, los factores geográficos que fueron tomados en consideración durante la elaboración de decisiones y el papel de cualesquiera factores geográficos que tuvieran influencia sobre el resultado de acciones políticas. Por el contrario, los geógrafos políticos puede que no tengan interés profesional en una decisión política que no implicó la toma en consideración de factores geográficos mientras se formulaba y cuya ejecución no estuvo influida por factores geográficos ni tuvo consecuencias geográficas.» (PRESCOTT, 1972, p. 2)

Esto no supone argumentar que no tenemos definiciones más ambiciosas (HALL, 1982). Buena parte de los trabajos publicados en la revista *Political Geography Quarterly* podría clasificarse en las categorías definidas en el primer volumen, esto es, que la geografía política trata de la geografía de la política y de la política de la geografía (TAYLOR y otros, 1982). Con todo, sin quererlo, esta definición tan atractiva por su nitidez e inclusividad se anexiona mucha investigación que no se plantea explícitamente contribuir al proyecto de explorar los vínculos entre política y geografía. Por una parte, se reclama un estudio de contextos, la geografía de la política, por otra, una economía política del lugar (la política de la geografía) y si bien ambas son tareas importantes, no está claro cómo se combinan para formar una investigación que contribuya a una geografía política y no meramente a una agrupación general de trabajos sobre geografía y sobre política.

Geografía política

¿Qué es pues lo que constituiría una geografía política que fuera más que un matrimonio forzado entre geografía y política? Al trabajar en medio de esta problemática nos enfrentamos a numerosos problemas y desafíos, el primero de los cuales es el de afrontar la complejidad de la política. ¿Deberíamos imponernos la tarea de tratar de comprender toda acción política en cualquier tiempo y espacio? Alguien puede sugerir que este discurso totalizador ya existe bajo la forma del análisis de sistemas-mundo, que persigue reunir una vasta matriz de informaciones sobre la evolución hegemónica de la economía mundial. Es bastante claro que esto ofrece una vía de análisis

muy seductora y hasta cierto punto el renacimiento de la geografía política ha estado asociado a las ideas de Wallerstein (TAYLOR, 1985). Con todo, esto pasa por alto el hecho crucial de que el análisis de sistemas-mundo es en esencia un proyecto *materialista* y está sujeto a las mismas limitaciones de priorización que ya se han discutido². Si ignoramos, pues, las oportunidades particulares de la visión del mundo de Wallerstein, quedamos en libertad para definir, al menos de momento, el proceso de la política. Teniendo presente las observaciones ya expresadas, sugiero que la política es toda manifestación de acción colectiva, lo cual incluye asociaciones de vecinos y formación de partidos, terrorismo y golpes de Estado, alianzas estatales, secesiones y conflictos internacionales. Esto puede parecer un conjunto de hechos incoherente y desmedidamente grande, pero posee dos claras ventajas. En primer lugar, no se plantean preocupaciones normativas sobre la totalidad de los conflictos tales como que ciertas acciones son más importantes que otras. En segundo lugar, se admite explícitamente que muchas formas de conflicto están interrelacionadas y que los problemas étnicos o confesionales, por poner dos ejemplos, pueden aflorar en los movimientos de las asociaciones de vecinos o en las guerras entre naciones como base explícita de la confrontación.

Volvamos ahora hacia nuestra matriz geográfica. La atracción del modelo de sistemas-mundo sobre los geógrafos procede de su reconocimiento de escalas espaciales explícitas (centro, periferia, semiperiferia), lo cual contrasta fuertemente con el enfoque realista empleado en la ciencia política. En aquel modelo, el sistema de naciones estado pierde protagonismo y se hace hincapié en la construcción de la economía mundial, mientras que en el segundo caso el sistema de Estados constituye el marco explícito de referencia. Ambas alternativas son demasiado rígidas. La acción colectiva no puede deducirse del contexto económico: el conocimiento de que las naciones africanas se sitúan claramente dentro de la periferia no puede decirnos todo sobre la naturaleza y la orientación de la acción política dentro del continente (SIGELMAN y GROSS, 1985). Y, continuando con el mismo ejemplo, la referencia al sistema de Estados es una lente inadecuada para explorar los conflictos tribales y étnicos que en África son endémicos.

2. Se puede interpretar que mi crítica a Wallerstein se basa en un anti-marxismo elaborado. Este no es el caso; más bien incito al lector a que estudie el razonamiento desarrollado a fondo por Richard Ashley, quien elabora una serie de similitudes entre el proyecto del sistema mundo y el neo-realismo, el discurso dominante en las relaciones internacionales. En particular, Ashley acusa a Wallerstein de positivismo, estatismo e individualismo.

Ambas perspectives son, cada una a su modo, demasiado rígidas y dejan poco margen para desarrollar una noción de *espacio político*. Este es un concepto deliberadamente borroso que recoge la idea de la acción colectiva que tiene lugar (*sic*) en localizaciones concretas. En algunos casos la conexión es clara y relativamente directa, como ocurre con los conflictos locacionales, es decir, conflictos que proceden del emplazamiento de instalaciones o de externalidades sobre el paisaje. En otros casos, perseguimos una idea política mucho más compleja, a saber, la relación entre conflicto y lugar. No tengo la intención de articular esa relación muy profundamente en este artículo, aunque volveré al proceso de definición más adelante, hacia el final del texto. En vez de ello, empleo por el momento la metáfora de las pinturas de Paul Klee, donde la realidad todavía se discierne pero está claramente fragmentada en numerosos pedazos. Esto se acerca mucho a una articulación de la representación deseada del espacio político³.

La clave de este ejercicio es enfocar la realidad de un modo diferente, o bien, en frase de John Berger, ver de modo diferente (BERGER, 1972). Este ejercicio puede parecer redundante, pero resulta crucial. La forma visible y familiar del mapa político del mundo ejerce una influencia enorme sobre nuestro pensamiento y particularmente sobre la forma en la que las proyecciones corrientes nos presentan un mundo bipolar. Al crear alguna forma de cartograma se pueden desbloquear algunas relaciones inesperadas, del mismo modo que pueden hacerlo análisis de datos que tratan explícitamente de dejar de lado el mapa realista. En este caso, intento establecer un mapa político del mundo que no se restrinja a las unidades formales de naciones Estado, sino que consista, en cambio, en un conjunto de espacios políticos. Podemos imaginarlos como capas o sedimentos de modo que las afinidades confesionales, tribales o étnicas se superponen a través de los conflictos de tipo vecinal, o bien dentro de las regiones y allí donde las fronteras señalan los restos de conflictos pasados.

Aquí tiene una importancia central la noción de espacio político como un conjunto de relaciones entre individuos, familias e instituciones que constituye una interacción política real. En otras palabras, el espacio políti-

3. La identificación de la relación entre espacio político y representación artística tiene ya algún precedente. Lyotard, por ejemplo, ha examinado los carteles de propaganda soviéticos desde esta perspectiva. Escribe: «Lo interesante de los carteles políticos es que establecen de forma explícita una relación entre la organización de la sociedad y la superficie (*écran*) plástica. A través de estos carteles hemos de poder establecer una correlación entre el tratamiento efectivo de la superficie plástica y el tratamiento deseado del espacio social.»

co se manifiesta como un sentido *común*, como un conjunto práctico de relaciones basadas sobre elementos comunes a largo plazo y reproducidas por medio de interacciones a corto plazo (KIRBY, 1988). No se quiere argüir con ello que los espacios políticos estén firmemente arraigados en una localización determinada y no puedan expandirse o incluso trasplantarse. En particular, los espacios políticos étnicos pueden ser y han sido transportados a muy grandes distancias. El trabajo de Marston, por ejemplo, muestra cómo la recreación de la acción colectiva de los irlandeses en las ciudades industriales norteamericanas en el siglo XIX estuvo mediatizada por las experiencias irlandesas de nacionalidad y se mantuvo a través de formas concretas de lenguaje (MARSTON, 1988). Puede argumentarse que la noción de espacio político no es necesaria para integrar la función del lenguaje en la recreación de la experiencia nacional de los irlandeses, pero esto sería no darse cuenta de qué modo los irlandeses —en tanto que grupo étnico inmigrado— crearon para si mismos un espacio político dentro de la ciudad norteamericana que les sirvió como marco cultural y en última instancia como base para una acción política exitosa. Tiene particular importancia en este tipo de situaciones el reconocimiento de que la acción colectiva puede tomar muchas formas, incluso cuando las condiciones previas y las circunstancias son relativamente congruentes. Ello equivale a determinar las singularidades —definidas en el espacio y en el tiempo— de ciertas acciones políticas. El espacio político de los irlandeses no era isomórfico con el de los italianos o el de los judíos rusos, cuyos territorios eran contiguos en numerosas ciudades norteamericanas del siglo XIX. No existía una única experiencia de inmigración, salvo quizás en el sentido más general. Cada grupo articuló sus fuerzas, debilidades y recursos de distinta manera y sus espacios políticos eran, por consiguiente, diferentes.

A pesar de ello, semejante perspectiva tiene muchos problemas obvios; tiene antecedentes que han puesto de relieve esos inconvenientes antes. Los cinturones de choque *shatterbelt* de Cohen, por poner un ejemplo, capturan el sentido de lugares en los que se da una acción política intensa; los esfuerzos para representar dicha intensidad no producen más que un diagrama caótico. Con todo, puede que esta queja no sea legítima —ninguna regla establece que las relaciones se puedan presentar visualmente de forma nítida y ordenada. Mucho más seria es la crítica de que este tipo de conceptos no ha sido teorizado, hasta el punto de que es imposible excluir del análisis ningún tipo de acción colectiva con la consecuencia de que virtualmente todas las acciones humanas pasan a ser conflictos políticos. A partir de las observaciones hechas más arriba, puede que esto no sea malo en la medida

en que no excluye *a priori* ningún tipo de conflicto. Por otro lado, nos deja con una masa de acción desenfocada, un paisaje de figuras en movimiento.

Por ese motivo, la siguiente sección del artículo procede a examinar la obra reciente del historiador Charles Tilly, quien ha empezado a estudiar las formas en las cuales la acción colectiva se ha dirigido de forma concreta hacia el proyecto de formación del Estado⁴. Su trabajo es importante por tres razones: primero, porque nos lleva más allá de las preocupaciones teológicas sobre el aparato de Estado; segundo, porque dirige, en cambio, nuestra atención hacia el *devenir* del Estado, por emplear una frase de Allan Pred (PRED, 1986), y tercero, y tal vez ello sea lo más importante, su proyecto hace hincapié en el hecho de que el proceso de formación del Estado es complejo y muy a largo plazo y abraza un gran número de formas de acción colectiva.

II. ALTERNATIVAS

En esta sección me ocuparé de una obra reciente de Charles Tilly que invoca (pero no se limita a ellos) los tres factores de los que trata este artículo: tiempo, espacio y política. En esta obra ha sintetizado la bibliografía sobre la formación de Estados en Europa en el período comprendido entre 990 y 1990. El análisis magistral de Tilly representa una amplia panorámica sobre los Estados europeos durante un período que ha presenciado el colapso del imperio, un avance hacia la soberanía fragmentada y el surgimiento del sistema contemporáneo de Estados. Puede resumirse su propia síntesis en estos términos.

1. El proceso de formación de Estados depende de una interacción entre acumulación de capital y consolidación política.

2. La relación entre acumulación de capital y la extensión del control político es compleja, pero puede resumirse como una relación inversa.

3. Los centros urbanos desempeñan una función importante en esta relación, ya sea como focos económicos o como focos políticos.

4. Estos procesos se pueden duplicar en formas espaciales.

Examinemos ahora en detalle estas premisas:

Capital o coerción. Tilly observa que «la guerra y los preparativos para

4. Algunos pueden considerar a Tilly como sociólogo histórico. El trabajo que aquí se discute se va a publicar —probablemente en 1990— en inglés, francés y en italiano por Cambridge University Press, Artheme Fayard y Editori Riuniti respectivamente.

la guerra produjeron los componentes principales de los Estados europeos» (TILLY, 1988, p. 1: 17). A partir de esta observación tan sencilla se desprenden una serie de consideraciones. Las guerras tenían lugar por muchas razones, pero generalmente para consolidar o para extender los territorios y los recursos localizados en ellos, para enfrentarse con rivales, para protegerse de incursiones. Estas luchas podían financiarse de maneras diversas, por ejemplo mediante la extracción directa a los derrotados, pero en general quienes combatían se hacían dependientes de una clase mercantil capaz de financiar el esfuerzo bélico. Por consiguiente, estos dos procesos fundamentales —de coerción y de acumulación de capital— pueden identificarse a través del proceso de formación de Estados en Europa.

Capital y coerción. La relación entre los dos no fue nunca rígida. Sin embargo, la clase mercantil de naciones donde el capitalismo era poderoso tenía capacidad para resistir a las tendencias coercitivas de la clase dominante, aunque solo fuera porque a menudo se la necesitaba para facilitar dinero. Por el contrario, en naciones donde existía esta clase, los gobernantes solo encontraron oposición dentro de sus propias filas o desde otras naciones. A consecuencia de ello y con algunas excepciones, los Estados siguieron un proceso formativo intensivo en coerción o, alternativamente, intensivo en capital.

Urbanización. La creación de Estados iba acompañada de urbanización, aunque por razones diferentes. En localizaciones donde el capitalismo era dominante, los lugares urbanos crecieron como parte de la generación de un sistema económico. En sociedades coercitivas, las ciudades representaban una avanzada de la autoridad. En consecuencia, Tilly diferencia las ciudades según sean parte de un proceso de coerción de arriba hacia abajo o parte de un proceso de actividad económica de abajo hacia arriba.

Pautas. Allí donde el capitalismo era débil, había poca oposición a una clase dominante que podía extenderse por territorios relativamente grandes. En áreas de acumulación de capital, identificadas con frecuencia como ciudades estado, la resistencia local a la coerción inhibía la ulterior expansión espacial. Por consiguiente, existían diferencias observables entre Estados basados en el capital y Estados coercitivos en cuanto a la población y a la extensión.

La experiencia europea de formación de Estados puede resumirse en los términos siguientes, empleando el año 1500 como fecha arbitraria. En primer lugar debemos distinguir entre las entidades periféricas, en las que el nivel de control político era alto, de las emplazadas en el centro europeo, donde la soberanía estaba muy fragmentada. El cinturón periférico incluía

el imperio otomano, los dominios españoles, Francia, Inglaterra y los países nórdicos, Rusia, Polonia y Hungría. Dentro de este ancho cinturón de países extensos existía un gran número de feudos, palatinados y ciudades estado, donde la escala de control político estaba muy circunscrita. Podemos pues diferenciar estos dos grupos como centro y como periferia, y en términos de extensión espacial. Además, también podemos distinguirlos según sus niveles de acumulación de capital, que se concentraba en las ciudades estado y en los centros urbanos del centro europeo. Así pues, en resumen, afirma Tilly, podemos distinguir caminos diferentes de formación de Estados. En las extensas áreas periféricas, las ciudades representaban una ampliación de arriba hacia abajo del control político; en el centro representaban parte de una larga cadena de lugares centrales económicos, construida a partir del paisaje económico. Por consiguiente, en el último caso, la ciudad representaba un obstáculo para la formación del Estado; en el primero, era una piedra angular del mismo proceso. Es decir, la ciudad era una reificación de un conjunto de procesos mercantilistas que estaban asociados a una clase mercantil cuyos intereses se oponían a menudo a los de la nobleza y de la nobleza territorial.

En resumen, Tilly observa que:

«Los poseedores de la fuerza armada eran capaces de dominar a las clases dominantes urbanas y de crear extensos Estados en la poco comercializada periferia europea, pero en vano lo intentaron en los centros del capitalismo.» (TILLY, 1985, p. 4)

A partir de estas bases, Tilly construye una serie de interpretaciones de las relaciones entre estos distintos tipos de Estados. Con respecto a la guerra entre Estados, por ejemplo, advierte varias fases distintas: 1) un período de guerra virtualmente endémica, que se prolongó aproximadamente hasta 1400, mientras las clases dominantes trataban de maximizar su capacidad para arrancar excedentes de su territorio o de cualquiera que fuese asequible; 2) un período comprendido aproximadamente entre 1400 y 1700, que presencié la concentración de fuerza, a su vez resultado de la consolidación e institucionalización del poder en pocas manos; 3) un período de nacionalización, de 1700 en adelante, en el cual los recursos determinaron la capacidad de hacer la guerra y los objetivos estratégicos y racionales determinaron las ocasiones de conflicto entre naciones.

Una evaluación: el caso de Cataluña

¿Sobre qué bases es importante la obra de Tilly para la geografía política? Su carácter central radica en la forma en la que intenta dos cosas. La

primera es la búsqueda en un equilibrio entre la esfera política y la esfera económica, de forma que no confina el proceso de formación de Estados dentro de una explicación materialista. La segunda, que potencialmente es más importante, es la forma en la que establece un guión, aunque inacabado, dentro del cual es posible situar muchos de los dramas de la acción colectiva. Esto significa que dichos dramas no quedan como aspectos del conflicto que flotan a la deriva y que tienen poca importancia en definitiva, sino que, antes bien, se hace posible evaluar su importancia dentro del proyecto de formación de Estados.

Tomemos un ejemplo destacado, el de los conflictos entre Cataluña y el Estado español. Al comenzar una análisis de esta historia, podríamos optar por una explicación genérica de geografía política, por ejemplo, la de regionalismo étnico. La misma ha sido invocada en estudios sobre el Canadá, el Líbano y varios casos europeos donde la relación entre población y territorio ha atraído el interés de los geógrafos políticos (ROKKAN y URWIN, 1982). El problema con este enfoque, la forma en la que lleva a excluir perspectivas particulares y tiende a empujarnos hacia una interpretación orgánica de la relación entre la población y el territorio. En particular, la lente del regionalismo étnico sería de poca ayuda en el caso de Cataluña, donde poderosos intereses ideológicos han estado presentes durante mucho tiempo, si bien el compromiso con el socialismo y el anarquismo ha sido cuestionado (SEIDMAN, 1987).

La teoría de la comunicación y el análisis cultural ofrecen interpretaciones alternativas. Gifreu, por ejemplo, sugiere que existen varias formas de interpretar los conflictos políticos relacionados con Cataluña. Parte del reconocimiento de una cultura catalana, que puede identificarse, en primer lugar, en términos de conciencia territorial, y, en segundo lugar, de una lengua; él los reformula como principio de soberanía política y principio de comunicación. La existencia de Cataluña como unidad diferenciada que exhibe estos principios se ve atacada por las incursiones del aparato del Estado español, que amenaza la soberanía política, y por el neocoloniamismo de los Estados Unidos, que amenaza la singularidad de la región. El control de los medios electrónicos por empresas transnacionales norteamericanas constituye otro ejemplo del modo en que una nación hegemónica dentro del centro del sistema mundial puede imponer su orden económico a otras naciones en el centro o en la semiperiferia.

Brevemente, Gifreu identifica dos fenómenos «sociales y culturales» que han tenido una repercusión importante:

«1. la amplitud y la profundidad de la opresión franquista durante casi cuarenta años (1939-1975), que llevó a cabo la imposición de la lengua y la cultura española (y a través de ella favoreció la imposición de una cultura de masas cada vez más predominantemente norteamericana), y 2. las oleadas de inmigrantes llegados a Cataluña principalmente del sur de la Península Ibérica, y que llevaban consigo la lengua y la cultura española.» (GIFREU, 1986, p. 466)

Las limitaciones del análisis de Gifreu (que no se critica en función de su contenido factual) puede observarse que residen en su énfasis sobre la cultura y la lengua o lo que él llama principios de soberanía y comunicación (pero véase también DÍAZ LÓPEZ, 1982). Según sus propios planteamientos, una gran parte de la amenaza a la autonomía de Cataluña debería haber desaparecido después de 1978 con la destrucción de la opresión fascista; la existencia de una región dotada de autonomía cultural solo representa una amenaza reducida para el aparato del Estado, como indican otros casos en Europa. La singularidad lingüística (por tomar el ejemplo más destacado de esta independencia cultural) puede en sí misma ser una reificación de la debilidad de una región si dicha lengua esta excluida específicamente de las interacciones cotidianas del Estado y de la economía. En cambio, la posición de Cataluña no debe entenderse exclusivamente como una entidad *cultural*, sino además, y tal vez en primer lugar, como un espacio *político*. La existencia de una lengua y una cultura puede considerarse como determinante de la forma de un espacio político, pero la trayectoria de este último ha de ser comprendida en relación con el conflicto del aparato del Estado y sus componentes soberanos. La persistencia de Cataluña es un anacronismo político, en el sentido de que es una reminiscencia de la soberanía fragmentada de la Península Ibérica y como tal constituye una representación de la debilidad del Estado español. En resumen, no entendemos el pasado y el futuro de Cataluña en función de fenómenos culturales (aunque está claro que estos no son insignificantes), sino en términos de los conflictos fundamentales que acompañan el proceso de formación de Estados.

Para reiterarlo, una perspectiva que privilegia las formas culturales y su mantenimiento y reconstrucción se equivoca en relación con el conflicto más básico en curso dentro de países como España, Italia y el Reino Unido, donde espacios políticos subnacionales se presentan a si mismos como desafíos explícitos al proceso en marcha de formación de Estados. La cultura y la comunicación de los mismos son medios a través de los cuales se mantiene un espacio político, pero éste existe en términos de la más tradicional

expresión de la soberanía, es decir, en términos de acumulación de capital y de autoridad local. Es sobre esos términos que se desarrollan los conflictos entre colectividades dentro de espacios políticos y del Estado nacional.

III. ESPACIO POLÍTICO

Recapitemos algunos de los temas en torno a los que hemos tratado en este artículo. En primer lugar, el reconocimiento de que la geografía política carece de un real centro de interés, en la medida en que ha tratado un gran número de fenómenos políticos. En segundo lugar, los intentos de creación de dicho objeto de investigación —como el aparato del estado— no nos hacen avanzar mucho porque no establecen reglas básicas particulares que vinculen el análisis con los otros aspectos del estudio de la geografía política. En tercer lugar, y como consecuencia de estos planteamientos, hemos explorado la obra de Charles Tilly con miras a restablecer el estudio combinado de la política y la geografía. La obra de Tilly es importante por varias razones que enumeramos por orden: cuarto, porque es explícitamente histórica, y enraiza la acción colectiva en el desarrollo a largo plazo de la gente y de los lugares; quinto, porque mantiene un centro de interés sobre el estado, pero amplía la investigación más allá del bosquejo funcionalista de roles y normas; sexto, porque delimita netamente con las perspectivas de la perspectiva histórica, bosquejadas por investigadores como Pred y Gregory, lo que está convirtiéndose en un proyecto permanente que implica tanto a instituciones como a autores individuales; séptimo, porque deja margen para planteamientos materialistas pero no presupone que sean los únicos factores pertinentes en la determinación de la acción colectiva.

Seamos claros en cuanto a la relación entre espacio político y formación de Estados. Implícitamente en la obra de Tilly y explícitamente en este replanteamiento de la geografía política existe una tensión clara. Por una parte, tenemos espacios políticos —es decir una manifestación de acción colectiva en un territorio particular, una relación que refleja la creación y la recreación de gentes con un proyecto común—, un sentido *común*, por así decirlo. Este espacio político es un impulso hacia arriba que se encuentra con el impulso hacia abajo de la formación y expansión del Estado. La resolución de este conflicto es básico, naturalmente, para la comprensión de la forma en la que los estados han crecido o declinado; o para invertir el razonamiento, para la comprensión de los éxitos o fracasos de la acción colectiva arraigada en localizaciones concretas.

Cuando pongo el acento en un fenómeno llamado espacio político, estoy también respondiendo al debate en curso en ciencias sociales que relaciona los cambios contemporáneos en la esfera de la producción y los cambios en la condición social de la sociedad —una condición que ha sido rápidamente identificada como postmoderna (ALBERTSEN, 1988; HARVEY, 1987). Se ha dicho mucho sobre la condición postmoderna pero importa hacer algunas observaciones de carácter muy general. La primera de ellas es el renacimiento de la cultura como un objeto de la investigación social. Se ha hecho posible, incluso necesario, devolver la cultura al discurso de las ciencias sociales, una tendencia puesta de manifiesto por el descubrimiento de Bourdieu y el redescubrimiento de Gertz como autoridades en cuestiones sociales. La «necesidad de la cultura» reside en haberse percatado de que las relaciones a las que hemos dado precedencia en el pasado reciente —en particular las que giran en torno a las clases— se derrumban a nuestro alrededor, al menos bajo la forma en que las hemos elaborado en nuestros escritos y en nuestros seminarios. El nuevo surgimiento de la semiótica es en sí mismo una pista acerca de este proceso, porque evidentemente hemos perdido los viejos símbolos de lucha y hay una necesidad apremiante de nuevos indicadores para la condición postmoderna.

En el centro de estos desplazamientos se encuentra un segundo factor, a saber, el cambio en la naturaleza de la acción política. No es una generalización excesiva afirmar que la naturaleza ideológica de la política se debilita a medida que nos fijamos en ella. Toda una generación de autores británicos, por tomar un ejemplo destacado, está dándose herramientas nuevas para tratar una reestructuración fundamental de la política formal (JOHNSTON y otros, 1988). La noción de clase ha perdido contacto con su significado histórico, debido a los desplazamientos que han tenido lugar en los roles de los géneros, debido a los cambios concomitantes registrados en la naturaleza del trabajo, a los cambios en la naturaleza del consumo, en particular en lo que respecta a bienes como la vivienda y como resultado del resurgimiento consciente de conflictos que giran en torno a la religión y a la étnia.

El tercer factor se refiere a los cambios en la naturaleza del aparato del Estado. Los augures todavía no se han pronunciado sobre el Estado postmoderno. Se ha escrito mucho sobre el control cada vez mayor de los instrumentos de violencia y sobre la capacidad de penetrar en los hogares con armas de vigilancia, lo que reduce efectivamente el estado nación a un territorio instantáneo bajo el control de la cámara de vídeo (véase, entre otros, GIDDENS, 1985). Se ha prestado poca atención sobre lo que de libera-

dor tiene el hecho de que las mismas tecnologías pueden generar un número infinito de discursos en oposición al Estado.

Son estos tres factores —hay otros, sin duda— que apuntan hacia una importancia cada vez mayor del artefactos que se denomina espacio político. Las separaciones tradicionales —las separaciones políticas de la modernidad, por así decirlo— han desaparecido a la vez que las puertas de la fábrica. Nos quedamos con ciudadanos cuyos compromisos y estrategias políticas se definen en función de sus recursos domésticos, su cambiante capacidad para encontrar trabajo y sus interpretaciones de la vida cotidiana. En conjunto, apuntan a una acción colectiva que se basa en la órbita reproductiva que rodea al hogar: el barrio, la ciudad, la región. Esto es una refutación absoluta de la muerte de la política local proclamada por algunos observadores (GOTTDIENER, 1987). Aunque es posible que disminuyan los actos formales de adopción de decisiones por medio de una elección, ahí están para ser vistos los más caóticos elementos de la acción colectiva. Esta apunta entonces a la existencia de espacios políticos como episodios de organización política, y empleo esta frase en el sentido en el que Jameson habla de la sustitución del tiempo por el espacio, la sustitución de la historia por la geografía (STEPHANSON, 1987). Aparecen nuevas formas de acción colectiva a medida que surgen nuevos espacios. Esta fluidez indicaría una alarmante debilidad si no fuera por la posición particular del Estado contemporáneo. Este, según antes se ha sugerido, se encuentra en un momento crucial de su desarrollo, en la medida en que crecen las posibilidades de oponer resistencia a su expansión. Y el desvío de energía desde la política basada en las clases hacia los espacios políticos de la ciudad y la región proporciona otra dimensión de oportunidad, a través de la cual puede incrementarse la espacialidad del Estado nación con implicaciones obvias sobre la capacidad del aparato del Estado para mantener sus poderes de vigilancia y control.

En la raíz de esta caracterización está el reconocimiento de que las viejas normas de organización espacial han periclitado. Ya nos es posible sostener, como lo hace Harvey, que la ciudad puede ser entendida como la pista de carreras de los ricos y famosos, por un lado, y, por el otro, de los que han perdido en la competición humana (1987, pp. 270-71). Los procesos de cambio dictan un período de cambio: la ciudad ha perdido la nítida segmentación social que tenía en los años 50 y ha sido testigo de una reclasificación que recuerda el período de competición ecológica de las primeras décadas de este siglo. Por consiguiente, las viejas reglas de organización política están en declive y las apuestas son mayores. Como subraya Cren-

son, los barrios con más éxito político son aquellos donde el conflicto interno ha conducido a una mayor conciencia política —y el conflicto se agudiza en un período de cambio urbano, de inmigración y movimiento de barrio (CRENSON, 1983; HARVEY, 1987, p. 270).

En este punto hay que subrayar lo siguiente: el reconocimiento de un espacio político no implica tan solo que la acción colectiva tiene como objetivos la defensa de este espacio, una posición que puede sacarse de algunos trabajos sobre la economía política del lugar (LOGAN y MOLOCHT, 1987). Es aquí, por supuesto, donde la obra de Tilly es tan importante para este razonamiento, ya que nos recuerda de nuevo el proyecto a largo plazo de formación de Estados. Por consiguiente, la acción política llevada a cabo en el barrio es todavía acción colectiva que puede poner a sus participantes en oposición frente al Estado como grupo, con un orden del día colectivo que no le ha sido dictado por éste; y numerosos ejemplos hacen hincapié para quienes están dispuestos a observar que pocos ejemplos de acción colectiva son demasiado insignificantes para atraer la atención de las instituciones que constituyen el aparato del Estado.

A modo de conclusión este artículo, termina con el reconocimiento de una contradicción. En un plano, he argumentado en favor del reconocimiento del largo plazo, del rechazo de la ingenuidad y de la inmediatez de la geografía política ahistórica. Pero en otro plano también he reclamado el reconocimiento de los cambios de que va a ser testigo la sociedad contemporánea. Como observa Foucault, siempre hay una tendencia a ver el presente como si estuviera desarticulado; como sugiere él mismo, siempre existe la posibilidad de que seamos testigos de semejante reestructuración de las cuestiones sociales (FOUCAULT, 1984). Dejo a quien lo lea que decida sobre esta contradicción.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo es el segundo intento que he realizado de evaluar la geografía política (el primero se publicó en *Political Geography Quarterly* en 1985). Quiero agradecer a la profesora M. Dolors García Ramon su estímulo y su trabajo en la traducción del ensayo. Actualmente estoy trabajando en una argumentación más larga que bajo el título *The State of Chaos* ampliará este razonamiento de forma más satisfactoria.

BIBLIOGRAFIA

- ARCHER, J. C. y SHELLEY, F. (1985) «Theory and methodology in political geography» en Pacione M. (ed.) *Progress in Political Geography*, Beckenham: Croom Helm, 11-40.
- ALBERTSEN, N. (1988) «Postmodernism, post-Fordism and critical social theory», *Environment and Planning D.: Society and Space*, 6 (3) 339-366.
- ASHLEY, R. (1984) «The poverty of neorealism», *International Organization* 38 (2) 225-86.
- BERGER, J. (1972) *Ways of Seeing* Harmondsworth, Pelican.
- BUESTEED, M. (1983) «The developing nature of political geography», en Busteed M. *Developments in Political Geography* London: Academic Press 1-67.
- CASTELLS, M. (1983) *The City and The Grassroots* London: Arnold.
- CASTELLS, M. (1985) «Commentary on G.C. Pickvance's the rise and fall of urban movements», *Society and Space* 3 (1) 56-62.
- CLARK, G. L. (1986) «Making moral landscapes», *Political Geography Quarterly* 5 s147-162.
- COHEN, S. B. (1982) «A new map of global geopolitical equilibrium», *Political Geography Quarterly* 1 (3) 223-242.
- CRENSON, M. (1983) *Neighborhood Politics* Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- DEAR, M. J. (1986) «Editorial», *Political Geography Quarterly* 5 (4) 295-8.
- DÍAZ-LÓPEZ, C. E. (1982) «The politicization of Galian cleavages», en Rokkan S. y Urwin D. (eds) *The Politics of Territorial Identity* London: Sage 389-424.
- DEMKO, G. (1988) «Geography beyond the ivory tower», *Annals of the Association of American Geographers* 575-9.
- FORBES, D. y THRIFT, N. (1987) «International impacts on the urbanization process in the Asian region: a review» en Fuchs, R.J., Jones, G.W. y Pernia, E.M. (eds) *Urbanization and Urban Policies in Pacific Asia* Boulder: Westview Press, 67-87.
- FOUCAULT, M. (1984) «Space Knowledge and power», en Rabinow P. (ed) *The Foucault Reader* New York: Pantheon 239-56.
- GIDDENS, A. (1985) *The Nation State and Violence* Cambridge: Polity Press.
- GIFREU, J. (1986) «From communication policy to reconstruction of cultural identity: prospects for Catalonia», *European Journal of Communication*, 1, 463-76.
- GOTTDIENET, M. (1987) *The Decline of Urban Politics*, Beverly Hills: Sage.
- HALL, P. G. (1982) «The new political geography», *Political Geography Quarterly* 1 (1) 65-76.
- HARTSHORNE, R. (1935) «Recent developments in political geography», *American Political Science review*, 29 785-804, 943-66.
- HARSHORNE, R. (1954) «Political geography», en JAMES, P. E. y JONES, C. (eds) *American Geography: inventory and prospect* Syracuse: Syracuse University Press.
- HARVEY, D. W. (1987) «Flexible accumulation through urbanisation», *Antipode*, 19 (3) 260-86.
- JOHNSTON, R. J. (1980) «Political geography without politics», *Progress in Human Geography*, 4 (3) 439-46.
- JOHNSTON, R. J. PATTIE, C. y ALLSOPP, J. (1988) *A Nation Dividing*, London: Longman.
- KAPERSON, R. y MINGHI, J. (1969) *The Structure of Political Geography*, Chicago: Aldine.
- KATZ, C. (1988) «Children's environmental learning, knowledge and interactions under conditions of socio-economic transformation: the possibilities of change». Comunicación presentada en la Association of American Geographers, Abril 1988.

- KATZNELSON, I. (1988) Reseña de *Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*, *American Political Science Review*, 82 (2) 615.
- KIRBY, A. M. (1988) «Context, common sense and the reality of place: a critical reading of Meyrowitz». *Journal for the theory of Social Behavior*, 18 (2) 239-50.
- LOGAN, J. y MOLOTCH, H. (1987) *Urban Fortunes: the political economy of place* Berkeley: University of California Press.
- LYOTARD, J. F. (1986) «Plastic space and political space», *Boundary 2* XIV 211-31.
- MARSTON, S. A. (1988) Neighborhood and politics: Irish ethnicity in 19th. century Lowell, *Annals of the Association of American Geographers*, 78 (3) 414-432.
- POLITICAL GEOGRAPHY QUARTERLY (1987): «Political geography debate», n° 1 *Political Geography Quarterly* 6 (1) 6-52.
- PUDUP, M. B. (1988) «Arguments in regional geography», *Progress in Human Geography*, 12 (3) 369-390.
- PRED, A. (1986) *Place, Practice and Structure* New York: St. Martins.
- PRESCOTT, J. R. V. (1972) «*Political Geography*» London: Methuen.
- REYNOLDS, D. R. y KINGHT, D. (1989) *Political Geography*, en Gaile, G. y Wilott, C. (eds) *Geography in America*, New York: Merrill.
- ROKKAN, S. y URWIN, D. (1982) *The Politics of Territorial Identity*, London: Sage.
- SEIDMAN, M. (1987) «The unorwellian Barcelona». Comunicació presentada en la Association of American Historians, Washington d.C.
- SLOAN, G. R. (1988) *Geopolitics in US Strategic Policy 1890-1987*. NY: St. Martins.
- SMITH, M. P. y TARDANICO, R. (1987) «Urban theory reconsidered: production, reproduction and collective action», en SMITH, M. P. y FEAGIN, J. (eds), *The Capitalist city: Global restructuring and community politics*, Oxford: Blackwell, 87-110.
- SMITH, M. P. (1988) «Society, space and citizenship». Comunicació presentada en el Anglo-Austrian Seminar, (mimeografiada).
- STEPHANSON, A. (1987) «Regarding postmodernism— a conversation with Fredric Jameson». *Social Text* 17, 29-54.
- TAYLOR, P. J. (1985) *Political Geography*, London: Longman.
- TAYLOR, P. J. (1986) «The world systems project» en TAYLOR y JOHNSTON, R. J. (eds) *A World in Crisis?*
- TAYLOR, P. J. O., LOUGHLIN, J. and KIRBY, A. M. (1982) «Editorial essay: political geography, research agendas for the 1980s», *Political Geography Quarterly*, 1 (1), 1-18.
- THRIFT, N. y FORBES, D. (1983) «A landscape with figures», *Political Geography Quarterly*, 2 (3) 246-63.
- TILLY, C. (1985) *Space for Capital, Space for States*, Working Paper n° 17, Center for Studies of Social Change, New School for Social Research, NY.
- TILLY, C. (1988) *States, Coercion and Capital*, Working Paper n° 75, Center for Studies of Social Exchange, New School for Social Research, NY.
- WATTS, M. (1988) «Struggles over land, struggles over meaning: some thoughts on naming, peasant resistance and the politics of place» en Golledge, R., Couclelis, H. y Gould P. (eds) *A Ground for Common Search* Goleta: Santa Barbara Geographical Press.